

La ciudad en sus múltiples lecturas*

Alfredo Angulo Rivas**

Universidad De Los Andes. Mérida-Venezuela.

Resumen

El autor propone mirar la ciudad a través de la historia de sus lecturas. Se trata de una historia urbana de Mérida, en la que el contenido de la escritura pública, orientada al reclamo moral y religioso de sus lectores, contrasta con la inclinación más francamente política de la escritura privada, sesgo quizás explicable porque sus autores se han liberados del escrutinio público. Los especialistas indican que hasta fines del siglo XVIII leer una página era una actividad sagrada; a partir de entonces la lectura se convierte en una actividad instrumental. La conjetura es que hasta bien entrado el siglo XX, el lector de Mérida fue educado en una concepción sagrada del mundo.

Abstract

The author proposes using archives information make a Merida's urban history following writing-reading materials, publics and privates one. The former has a moral and religious orientation because of its readers and the private one has political considerations, probably because of relatively freedom from public opinion. the experts considerer before XVIII century reading a page was a sacred activity when later on became instrumental. The premise is that Merida people's readers were educated under a sacred conception of the world.

Palabras clave: Ciudad. Lectura. Moral. Religión. Visión sagrada. Secularización.

Key word: Moral and religious views. urban history, reading-writings interpretations.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Este artículo fue elaborado en enero de 2001, presentado a la consideración de este Comité en el mismo mes y sometido a la evaluación del Comité de Arbitraje al mes siguiente. El árbitro emitió veredicto aprobatorio para su publicación en **Presente y Pasado. Revista de Historia** a fines de Febrero del mismo año.

** Doctor en Historia. Magister en Ciencias Políticas. Licenciado en Historia. Profesor Asociado de la Escuela de Historia (Facultad de Humanidades y Educación) de la Universidad de Los Andes, en la que está adscrito al Departamento de Historia de América y Venezuela. Es autor de varios libros y ha publicado artículos en revistas científicas de Venezuela y el extranjero.

Quienes surcan la mar mudan de cielo, no de alma.
Horacio

Introducción

Distintos caminos podrían ser transitados para acercarnos a conocer una ciudad. Digamos, por ejemplo, el que conduce a la familia y la casa, al trabajo y el ocio, a la fiesta y el luto, al territorio de lo material y al dominio de lo simbólico. Alguna vez el poeta lusitano Fernando Pessoa escribió un inspirado poema de amor en el que decía: “*El Tajo es el río más bello del mundo porque es el río que pasa por mi pueblo*”. Y sus palabras vienen a cuento porque reconoce la importancia que cada uno de nosotros atribuye a la aldea mundo donde vivimos. Hacer de la ciudad un objeto de estudio es asumir que toda historia comienza en “*un lugar de la Mancha*”, que lo universal no cancela lo particular, que el sentido de pertenencia a la aldea concreta precede al sentido cosmopolita que nos enlaza al universo mundo de la aldea virtual.

Hablan los especialistas de una respetable tradición intelectual consagrada a la investigación urbana en Venezuela. La andadura comienza en los relatos de los primeros viajeros por el espacio nacional, para arribar siglos después en una variada gama de estudios profesionales, en los que la mirada del investigador da cuenta por ejemplo de los movimientos sociales, la participación ciudadana, informalidad, violencia urbana o desobediencia civil, realidades cuyo impacto parecieran salir al encuentro de quienes hacen de lo urbano un objeto tematizable.

Si convenimos en que la ciudad no es el territorio inviolable de las disciplinas que manejan las formas, aquí proponemos un caso de historia urbana. No estamos seguros en que la ciudad sólo adquiere sentido en la medida en que satisface los deseos de sus habitantes; a veces hemos tenido que instalarnos en el sinsentido de la extrañeza, en ese mundo que algún poeta llamó el “*exilio interior*”. Admitamos, sin embargo, que intentar explicar la ciudad en que nos tocó vivir, quizás no nos haga más felices pero sí al menos más conscientes.

Del procedimiento

Digamos a modo de presentación que Mérida es una ciudad asentada en una planicie de Los Andes de Venezuela. Amén de su hermoso entorno natural y el atributo de poseer un clima afable, es la única ciudad del país cuyos habitantes pueden ver a diario la nieve radiante de las montañas. El aislamiento de varios siglos, dada su condición mediterránea, no impidió que la principal industria de la ciudad fuera el cultivo de la inteligencia. La actuación protagónica de la Iglesia católica y la Universidad, la tensión entre una y otra, ayudan a explicar la considerable tradición cultural de Mérida. De ese legado dan testimonio las numerosas manifestaciones de la palabra, de la palabra que estructura el pensamiento.

Enunciemos aquí el camino que pretendemos recorrer: es Mérida vista a través de la historia de sus lecturas. Digamos luego que toda lectura es una conversación por otra vía cuya práctica concede vida a un objeto inerte; algo de mágico encantamiento ocurre en la inmersión del lector implicado en la lectura. Digamos además que su ejercicio refleja una habilidad para descifrar signos: primero las sílabas se hacen palabras; luego las palabras devienen en oraciones; las oraciones en párrafos y éstos en una realidad viva en el que las ideas resultan ser tan importantes como la *cosa* misma.

En este punto conviene prevenir al lector de la naturaleza preliminar, limitada e incluso fragmentaria de nuestros resultados. No es una indagación de las bibliotecas particulares de la ciudad, aunque esa vía tiene la ventaja de unir “*el qué con el quién de la lectura*”. Su debilidad explicativa, sin embargo, salta a la vista. Y es que no solamente excluye las lecturas del hombre común, sino que obvia otro elemento que limita el buen juicio. Nadie lee todos los libros que posee y sí otros muchos en calidad de préstamo (pese a que no todos ellos regresen a sus dueños). Tal vez el registro de las consultas a bibliotecas públicas sea un territorio a explorar, opción desechada en nuestro caso no por ser improbable el préstamo de libros sometidos a prohibición

moral o legal, como por la desconfianza respecto al orden y el cuidado de las fuentes de consulta.

La pregunta a responder es ¿qué lecturas hizo el habitante de Mérida en el curso del siglo XX? El reparo según el cual eran muy pocos los alfabetas en la ciudad, no tiene mucha importancia. Al mirar el siglo XIX venezolano, la verdad es que la mayoría de la población era iletrada, certeza que no fue obstáculo para que la prédica de la prensa del Partido Liberal tuviera un considerable impacto en la mente y en el corazón del hombre común de la época.

De algunas lecturas públicas

Si la mirada atiende a la influencia de los medios impresos, a la manera en que ellos trabajan a la ciudad, las lecturas estuvieron marcadas por la inmediatez del diario escribir, por el afán de convencer, de fijar límites y llamar a compromisos. En el diario *El Vigilante*, fundado el 20 de abril de 1924 en calidad de vocero de la Iglesia católica, pudo leer el habitante de la ciudad un menú variado de asuntos y problemas. Así dijo en la primera nota editorial: “*La causa de los desórdenes políticos, sociales e individuales es el desprecio, la apostasía o el olvido de la fe católica*”. Conoció además de los dogmas de la Iglesia, de la preservación de los valores morales de la familia, de la interpretación de los santos evangelios. Halló también algunas constantes plasmadas en la crítica a las actividades de la Iglesia protestante, a la masonería y a la expansión de las ideas liberales. Y debió percatarse de las varias manifestaciones de respaldo a la dictadura del general Juan Vicente Gómez¹.

Pero veamos qué lecturas hizo el habitante de Mérida a mediados del siglo XX. No huelga recordar que los cincuenta son años de gobiernos militares de claro signo autoritario. Habiendo sido la imbricación de militares y civiles la base funcional e ideológica que sostuvo una dictadura de reciente data, el silencio de los estudiosos del tema parece haber sido una calculada omisión para evitar conflictos.

Hagamos compulsas del único medio impreso que circuló localmente; ese fue el diario católico *El Vigilante*.

Mérida dejaba de ser el refugio amable de una pequeña población de silenciosas calles coloniales, de neblina en las tardes y balcones floridos. Algún habitante debió leer estas líneas dedicadas a pensar en el destino de la ciudad: “*Sin desdeñar el progreso en ninguna de sus manifestaciones podemos decir que Mérida no puede ser otra ciudad industrial, su emplazamiento como ciudad interior y sobre todo como ciudad de montaña se lo impide*” (23/09/52). Para la idea de una ciudad cerebro, una ciudad para la formación y el cultivo del espíritu, se invoca la tradición, el clima, su contorno y el retiro: “*Pero ahora las cosas han cambiado, Mérida se está convirtiendo en una ciudad sin fisonomía particular, carece de ambiente, fe, paz y tranquilidad*” (27/07/52). El caso es que la ciudad ensimismada comenzaba a sufrir una metamorfosis.

El Vigilante reitera una idea que está inscrita en sus orígenes: el cristianismo era el dique de contención a la expansión del comunismo². El vocero católico no se inhibió de opinar sobre los problemas mundanos de la política, obligado como estaba a señalar “*dónde se encontraba el bien y dónde el mal*”. El diario llamó a cumplir con el derecho del sufragio, pero exigió como obligación de conciencia favorecer con su voto “*a quienes se ajusten de manera más definida a los conceptos, criterios y postulados de la doctrina de la Iglesia*” (29/02/52).

Al leer sus páginas, pudo el merideño enterarse del respaldo dado por el gobierno nacional a las llamadas “*obras de culto*”. La erogación de una decena de millones de bolívares para la construcción y conservación de edificios eclesiásticos, fue considerada por el diario como “*la mayor contribución en efectivo dada en un año a la Iglesia católica por el Estado venezolano*” (28/04/55). Las buenas relaciones con la dictadura quedaron puesta de relieve cuando *El Vigilante* promueve la investidura de la virgen de Coromoto al título de *general* del ejército nacional (14/05/55). Pero además el buen trato tuvo concreción local.

Una vez cumplidos los treinta años de gobierno religioso en Mérida, el ejecutivo regional decide tributar un homenaje a monseñor

Acacio Chacón. En el curso de las efemérides, *El Vigilante* informa que “*el Ejecutivo del Estado, en la persona del Dr. Vicente Tálamo (...), admirador y amigo del Prelado, hizo a éste el obsequio de un magnífico automóvil Mercedes Benz de último modelo*” (29/08/56). En fin, el habitante de la ciudad pudo leer los varios testimonios que señalaban la buena relación habida hasta el final de la dictadura. Al hacer inventario de la acción del gobierno de Vicente Tálamo, el diario manifiesta su satisfacción con la obra física que había modernizado a la ciudad (01/11/57).

Donde la moral es un reclamo

No quedó allí la predica de *El Vigilante*. Al juzgar que un ambiente de incrédulo materialismo prevalecía en los centros escolares del país, el vocero pide la recuperación moral de la escuela. La educación mixta reflejaba la pérdida de toda noción de pudor. A la mujer había que abrirle cauce más amplio en lo económico, social y profesional, es decir, que tomara en cuenta “*las profundas exigencias típicas del alma femenina*” (27/01/49). El medio reitera una y otra vez que la emancipación de la mujer moderna significaba el abandono de la condición femenina; el resultado del fastidio gradual de la mujer hacia la misión que le había sido encomendada: “*La femineidad debe ser defendida, no emancipada*” (18/11/55), era el corolario de la reflexión que hubo de leer el habitante de la ciudad.

El reclamo moral fue permanente y en modo alguno resultó indiferente a las realidades más crudas de la ciudad. *El Vigilante* pide “*suprimir algunos focos de prostitución que se encuentran muy céntricos al lado de familias de honesto vivir*”. Critica la pública desnudez y demanda “*velar porque en el Río Milla en su parte cercana a San José de la Sierra no se bañen las mujeres en estado de desnudez, porque se han visto grupos de niños observándolas desde la calle de los baños*” (23/05/50). El reclamo por una vida decente insiste en los acontecimientos próximos al casco central de la ciudad, en el que tenían lugar actos contra la moral pública: “*las gentes sin escrúpulos*

las han elegido para menesteres que no se pueden decir" (26/01/56), concluía con todo recato el vocero.

Sus planteamientos rehusan la moral individual, una moral recluida en su sola interioridad. El desideratum no era una ética de la ley natural, porque no era posible que el hombre encontrara en sí mismo los principios morales: sin religión no había moral y la única religión capaz de engendrar una moral perfecta era la católica. Leyó el habitante de la ciudad que la religión configuraba el más poderoso obstáculo al "*desbordamiento de las pasiones y de los malos instintos*" (01/06/54). En suma, religión y fe dibujaban una unidad indisoluble: si aquella era un muro de contención, esta era la base de la vida humana.

Para *El Vigilante* la religión católica había echado los cimientos de la civilización occidental. El caso es que frente a la puja entre dos grandes bloques de naciones, el lector de Mérida supo que los fundamentos de la civilización occidental estaban bajo amenaza. Al dar cuenta diaria y profusamente de la persecución desatada en el Este europeo contra la llamada "*iglesia del silencio*", denunció una y otra vez la intención exterminadora del marxismo ateo. El medio consagró especial interés a la prisión en Varsovia del cardenal Stefan Wyszyński; al encarcelamiento de monseñor Josef Mindszenty y otros dignatarios eclesiásticos en Hungría; a la muerte de sacerdotes católicos y a la suspensión de publicaciones católicas en Yugoslavia; a los juicios y cesantías de los prelados leales a El Vaticano en Polonia; a la "*barbarie comunista*" en Albania, con sus cámaras de torturas, pelotones de fusilamiento, "*cadáveres arrojados a las bestias y sacerdotes inhumados aún con vida*" (12/03/53).

Pero el habitante de la ciudad no solamente leyó respecto al temor a la amenaza del comunismo. Otras ideas habían creado dificultades a las tareas misionales. El racionalismo, el naturalismo y el liberalismo representaban los peores enemigos, porque "*aunque llevan distintos nombres, brotan de una misma fuente*" (10/12/48). *El Vigilante* criticó al racionalismo porque al no aceptar más principios que aquellos demostrados por la

razón, no admitía las verdades reveladas. Al naturalismo, porque negando toda divina revelación, no aceptaba dogma religioso ni maestro a quien creer por la autoridad de su oficio. Significativamente, su repulsa del liberalismo radicaba en la convicción de haber concebido el problema comunista.

Debió enterarse el lector de Mérida de la postulación doctrinaria de *El Vigilante*: el suyo era un humanismo cristiano esencialmente normativo, cuyas reglas determinaban lo que eran o debían ser los hechos del hombre y de las instituciones sociales. Pero no quedó allí la crítica a las ideas puestas en boga en el planeta. Su impugnación se extendió al humanismo ateo al rechazar el principio fundamental de la inexistencia de una moral objetiva, provista de un valor universal (02/06/54). En fin, ese contexto de ideas había suscitado una juventud alejada de las disciplinas de la Iglesia católica y del hogar, así como la emergencia de un pensamiento cuyo tenor entrañaba una de las más serias amenazas a la civilización.

Con todo, la conclusión última no era un llamado a la derrota. Al glorificar el valor de la fe, *El Vigilante* anunció a sus lectores la victoria definitiva de la Iglesia católica contra la “*bestia apocalíptica*” del comunismo. En el fondo de las nociones de Oriente y Occidente no estaba la representación de un antipodismo geográfico, sino la disyuntiva entre ateísmo y teísmo, entre materialismo marxista y espiritualismo católico.

En este punto valdría preguntar ¿cuál es el beneficio de tan largo inventario? Advirtamos que los estudiosos de la historia de la lectura, desde áreas muy diferentes del mundo occidental y sin tener noticia mutua, coinciden en indicar que a finales del siglo XVIII se produjo “*una revolución de la lectura*”. Desde la Edad Media hasta poco después de 1750, las gentes sólo poseían unos pocos libros (la Biblia, un almanaque, algunas obras de devoción) y los leían y releían una y otra vez, de ordinario en voz alta y en grupo, de suerte que una serie reducida de obras tradicionales se grababan profundamente en sus conciencias.

El giro ocurre en las postrimerías del siglo XVIII, años en que comienza a crecer una masa de lectores hasta alcanzar proporciones gigantescas en el siglo XIX, con el avance en la producción mecánica de papel, de las prensas a vapor, las linotipias y el combate al analfabetismo.

En la mayor parte de la historia de Occidente, y sobre todo en los siglos XVI y XVII, la lectura se consideraba un ejercicio espiritual; leer una página, en resumidas cuentas, era una actividad sagrada. Así se entiende la propuesta del historiador Robert Darnton, cuya hipótesis de trabajo conjetura que “*cuanto más nos remontamos en el tiempo, más nos alejamos de la lectura instrumental*”³.

Pero quizás esa “*revolución de la lectura*” no transcurrió parejamente. En su lugar podría decirse que hasta bien avanzado el siglo XX, el lector de Mérida fue educado en una concepción sagrada del mundo. Es de pensar que afincado en sus lecturas, primó en su conciencia la idea de que ese mundo era objeto de una garantía sobrenatural dada por Dios, que de Dios sólo era posible saber verdades reveladas. La idea de la pérdida del misterio del mundo se instaló en Mérida años después. Aún así, esa desacralización de la realidad tampoco corrió linealmente, como veremos luego.

Ciertas lecturas privadas

Pero hubo otras lecturas, esas que por su tratamiento confidencial no pasaron por las manos del habitante innominado de la ciudad. Veamos algunos ejemplos notables. Desde la vicaría general de Mérida, el futuro cardenal José Humberto Quintero escribe a Carlos Delgado Chalbaud, el presidente de la gobernante Junta Militar de Venezuela. La carta es una pieza esencialmente política, si entendemos la política como una actividad de promoción e impugnación. La misiva es del 18 de diciembre de 1948 y en ella postula a Miguel Angel Burelli Rivas, quien inicia así su exitosa carrera diplomática al punto de llegar a desempeñar el cargo de canciller de la república (AHM/1788-C; 18/12/48):

“Mi apreciado Comandante y amigo: Antes de todo, le reitero las cordiales felicitaciones que le expresé por telegrama el 25 del mes pasado.

La penúltima vez que tuve el honor de hablar con usted, hace ya dos años, me tomé la libertad de hacerle una cálida recomendación en favor de Miguel Angel Burelli Rivas, joven de excelente talento, de intachable conducta y a quien aprecio como si fuera hijo mío. Aspiraba entonces ese joven a un cargo en alguna de nuestras Legaciones en Italia (Quirinal o Vaticano). Permitame que ahora le renueve en todas sus partes esa recomendación. El favor que usted dispense a este recomendado mío, lo agradeceré tanto como si hubiera sido a mí mismo.

Desde que conocí a usted, lo he estado encomendando diariamente al Señor en la Misa. Continúo haciéndolo ahora con mayor instancia, pues bien advierto la gran responsabilidad que pesa sobre sus hombros.

Dígnese aceptar, con mis saludos, mis protestas de admiración y de cariño”.

Tras el asesinato del presidente Delgado Chalbaud, los buenos términos de la relación del ministro y el gobierno no parecen cambiar en substancia. La misiva que José Humberto Quintero envió el 9 de junio de 1953 al nuevo *hombre fuerte* en el gobierno, el coronel Marcos Pérez Jiménez, así lo testimonia (AHM/1788-C; 09/06/53):

“Mi respetado amigo: Aunque ya hace días que, por la prensa, tuve la gratísima sorpresa de saber se había dignado condecorarme con la Orden del Libertador, en la Clase de Comendador, me había abstenido de expresar le mi gratitud, en espera de la participación oficial. Temiendo que ella se retarde todavía, no quiero demorar más el cumplimiento de este sagrado deber.

Pertenecer a la Orden del Libertador lo estimo como el más grande honor que pueda recibir un venezolano. Dado este concepto, bien advertirá usted el altísimo aprecio con que recibo esta condecoración. Y mi agradecimiento corre parejas (sic) con tal aprecio. Además, al discernirme usted tamaño honor, me da una prueba de su generosidad, con lo cual comprometo aún más mi cordial gratitud. En correspondencia a tan alta como generosa distinción, acudo a Dios con la súplica de que, en pago de esta merced que

usted me ha hecho, le conceda sus luces y gracias para que tenga todo éxito en la difícil labor de dirigir la República.

Junto con estos sentimientos, le ruego aceptar mis respetuosos saludos”

No quedó allí la asignación de bienes simbólicos que prodiga el poder, el poder político específicamente. El 5 de agosto de 1953, el coronel Pérez Jiménez promueve ante el Papa Pío XII el ascenso eclesiástico de monseñor Quintero a la representación de arzobispo coadjutor de la arquidiócesis de Mérida (AHM/1788-C; 05/08/53):

“Beatísimo Padre: El Congreso de la República de Venezuela, en uso de la atribución que le confiere la Ley de Patronato Eclesiástico, procedió el 23 de julio del corriente año a designar a un eclesiástico, a fin de presentarlo a Vuestra Santidad para Arzobispo Coadjutor, con derecho a sucesión, de la Arquidiócesis de Mérida; y después de haber sido observadas las formalidades de Ley, resultó electo el Ilustrísimo Monseñor Doctor José Humberto Quintero, actual Vicario General de esa Arquidiócesis.

Según nuestra Ley de Patronato Eclesiástico, corresponde al Poder Ejecutivo la facultad de presentar a Vuestra Santidad al eclesiástico elegido, y al cumplir hoy con este deber, tengo la satisfacción de manifestaros que el Ilustrísimo Monseñor Doctor J. Humberto Quintero es un prelado cuyas virtudes y altas prendas morales e intelectuales constituyen garantía de que desempeñará a cabalidad las delicadas funciones de la alta dignidad eclesiástica para la cual se le presenta.

En la oportunidad en que solicito que os dignéis confirmar la elección recaída en el Ilustrísimo Monseñor Doctor J. Humberto Quintero, para Arzobispo Coadjutor, con derecho a sucesión, de la Arquidiócesis de Mérida, hago llegar hasta la Silla Apostólica los fervientes votos del Pueblo y del Gobierno de Venezuela por la ventura de Vuestra Santidad”.

Es mu probable que los seres innominados de la ciudad desconocieran las diligencias de los hombres de poder, y acaso también ignoraran los momentos de recíproca gratificación. La breve misiva de

monseñor Quintero al Presidente Pérez Jiménez quizás sea una muestra ilustrativa de los tratos del poder (AHM/1788-C11/12/53):

“Mi distinguido y apreciado amigo:

Cuando tuve el honor de verlo para despedirme, le prometí que le pediría al Santo Padre una bendición especial para usted. Me complazco en participarle que el 3 de este mes, en la audiencia privada que se dignó concederme el Papa, cumplí esa promesa. Con muestras de particular complacencia, acogió el Pontífice esa súplica. Deseo que esa bendición del Vicario de nuestro Señor Jesucristo sea fecunda en gracias y bienes para usted y para la República?”.

Otras lecturas moralmente deleznablez ayudan a comprender la sociedad de la época. Pese a su naturaleza confidencial, ellas son indicativas de una manera especial de asumir la política, esa en que se configuran relaciones de dependencia a través de la promoción de ayudas y su obligatorio agradecimiento. Fue una especie de cultura de las *gracias por el favor recibido*, que influyó para mediatizar la independencia del poder judicial. Así el 12 de agosto de 1954, el abogado Enrique Ciro Peña envía una carta al teniente coronel Alberto Paoli Chalbaud, quien había ejercido la gobernación de Mérida un par de años atrás (AHM/1808-C; 12/08/54):

“Apreciado Comandante:

De acuerdo con una disposición legal fui convocado como Conjuex por el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, Mercantil y Penal del primer Circuito, para conocer en el juicio intentado por Manuel López (chofer de la Gobernación del Estado) contra el Ejecutivo del estado Mérida, en la época en que usted fuera Gobernador. Por razones legales y por un llamado de reconocimiento y de gratitud para con su persona, tanto del suscrito, de mi esposa y de mis hijos, me avoqué (sic) al conocimiento del juicio y, con fecha 19 de los corrientes dicté el fallo respectivo, donde declaré sin lugar la demanda intentada. Por lo que me apresuro a enviarle anexo una copia certificada de la sentencia dictada. El expediente en breves días ha de subir al tribunal Superior del Trabajo en esa Capital, donde ha de dictarse el fallo definitivo.

Mi señora me encarga de saludarlo y mis respetos a su honorable esposa”.

En contraste, las solicitudes que los estratos más bajos de la población hacían al gobernante de la época testimonian que, puesto a escoger entre libertad y seguridad, el ser humano descarta aquella por ésta. He aquí un caso indicativo de las preocupaciones de los seres sin relieve, de aquellos incapaces de hablarle en un plano de igualdad a los hombres de poder. El 7 de noviembre de 1955, un tal Héctor Puentes Avendaño escribe sin rodeos a Marcos Pérez Jiménez, el *Presidente Constitucional de Venezuela*, para manifestar sus aspiraciones (AHM/1823-C; 07/11/55):

“Yo desearía que Usted me diera un puestecito en la Seguridad Nacional del Estado Mérida, para poder martiguarle (sic) el salario para mis pequeños hijos, pues yo he sido siempre un buen colaborador de su gobierno y siempre lo ceré (sic), además porto una Libreta Militar donde presté mis servicios en la Escuela de Clases de la Grita del Estado Táchira”.

Otros documentos reafirman la distancia que media entre una escritura para ser leída por cualquier ser innominado, y aquella hecha con carácter privado (del alcance de la mayoría y por tal) escrita con intención más desenfadada. Si el hombre común de la ciudad leyó una escritura pública que era ante todo un reclamo al deber ser, la escritura de naturaleza confidencial parecía menos atada a la preocupación por la moral social del qué dirán. Es de notar que incluso dentro de la esfera privada, la calidad del escrito revelaba la educación esmerada y el estrato social del emisor, muestra de que la diferencia era más compleja. Con todo, el punto a resaltar es el poder; la clave explicativa es la escritura (para ser leída) hecha desde una posición de poder.

La mirada del otro

¿Pero cuál es la imagen que en presente tenemos de la ciudad? Quizás la “*alteridad*”, la consulta al otro, en este caso a las notas

escritas por los viajeros y publicadas para ser leídas en las guías turísticas que proveen las librerías de las ciudades del mundo, podría ser una vía de conocimiento. ¿Acaso (digamos para justificar esta elección) la realidad no es una construcción social y cultural hecha por nosotros mismos?

Tomadas al azar, hagamos una breve relación de las impresiones causadas por Mérida a los viajeros de fines de siglo XX. Algunos consiguen que Trujillo y Mérida son las entidades “*más pintorescas*” de Venezuela. Su lectura de la historia les permite hablar de la fijeza de la ciudad, de suerte que: “*La primera vía pavimentada llegó aquí en los años cincuenta y las cosas no han cambiado mucho desde entonces*”. Maravillados con el impresionante telón de fondo que resalta a la urbe, subrayan que Mérida es la ciudad con los picos más elevados del país, no sin antes anotar que: “*La ciudad tiene una masiva y ecléctica catedral, con pelícanos (que sirven) de desagüadero de las lluvias*”⁴.

Otras lecturas dicen que Mérida es el destino más popular de “*los extranjeros con morral*”. Asientan que en la ciudad prevalece una atmósfera lenta, amigable, llena de facilidades para el turista. Una considerable comunidad académica le da un aire cultural y bohemio al asentamiento humano⁵. Una lectura mundana de la ciudad llama la atención sobre algunos lugares que no debe transitar el viandante. Mérida parece ser un sitio seguro, nos dicen esas lecturas, pero durante la noche ocurren robos y asaltos en la avenida 2 y en el viaducto Miranda, para observar sin concesiones que: “*La policía es inútil*”⁶.

La mirada del otro encuentra que en Mérida hay varias ciudades conjugadas al mismo tiempo: una de espíritu joven y bohemio; otra cuyo centro es la vida académica, con sus librerías y cafés; la de vida artística refinada; aquella ciudad de vida tradicional, “*basta la espontáneamente salvaje*”⁷. Una y múltiple, la ciudad es vista como un ser en crecimiento. Mérida, nos dice esta lectura, permaneció virtualmente intacta durante la sangrienta guerra de Independencia, y vio aumentar

su población con refugiados que venían de otras partes del país: Y ha venido creciendo en las últimas décadas al punto de parecer estar “*en peligro de caer sobre el borde de los abruptos acantilados del valle de El Chama*”⁸.

Quienes indaguen sobre Mérida encontrarán otra lectura que hace de la necesidad una virtud. La condición mediterránea, arguyen sus exponentes, retrasó el progreso por siglos, “*pero sorprendentemente probó ser un aliado*”. Nuevamente el argumento se hace mirada histórica: durante las guerras de la Federación, cuando Venezuela se hunde en la guerra civil, el aislamiento de la ciudad atrajo refugiados y la población comenzó a crecer. “*Y no fue sino hasta 1920 cuando las vías de acceso fueron construidas, lo que no alteró el aire tranquilo de Mérida.*”⁹.

Convengamos en que la transición de Mérida de pueblo a ciudad ocurrió en las dos últimas décadas del siglo XX. El caso es que la variedad de lecturas registradas quizás indiquen que cada cual lleva una ciudad en sus ojos. Y algo más: Los seres humanos somos capaces de leer los signos de la vida social, de modo que leer en una página es sólo una de las muchas formas de lectura. Lee la gitana en nuestra desconfiada mano qué pasará mañana; lee el baquiano las señales del camino que se bifurca; lee el curandero los orines del enfermo desahuciado; lee el psiquiatra en el laberinto de nuestros sueños; leyeron en el cielo las antiguas civilizaciones su expulsión de la historia; lee el poeta en la copa temblorosa de los árboles algún designio secreto; leemos y quizás alguien desesperanzado a veces nos lee.

Una lectura del miedo

En *Elogio a la Ciudad*, el escritor José Manuel Briceño Guerrero descartó por anacrónica la imagen de una “*ciudad fanática, supersticiosa e intolerante*”. En esta sugerente obra, en la que el autor pasa revista a las cambiantes imágenes y percepciones de Mérida, la factura poética de su escrito lo emparenta con ese *abc* de la nostalgia andina que es *Viaje al amanecer* de Mariano Picón Salas. El caso es que al hacer una convencida

defensa de los atributos de la ciudad, destacó que en ella había un cierto pluralismo religioso porque junto a la Iglesia católica convivían en sana paz las más variadas sectas y agrupaciones religiosas.¹⁰

Pero el mundo, siempre tan real, mostró la desmesura que alimenta la historia de los hombres. En los meses de mayo y junio de 1991 hubo en Mérida una explosión de temor colectivo: sus manifestaciones giraron alrededor de los “*satánicos*” y “*comegatos*”. Fue un ambiente medieval por la sensación de miedo religioso; de oscurantismo por la desconfianza mostrada hacia la lectura de libros nunca vistos. El 6 de junio corrió por la ciudad el rumor de que ese era el día de Satanás, y el número 666, es decir, 6 del mes 6 a las 6 de la tarde, serían sacrificados 6 niños y 6 mujeres embarazadas. El temor se propaga nacionalmente pero como “*miedo hacia Mérida*”.¹¹ En la explosión colectiva de vértigo sagrado los intelectuales más conocidos de la ciudad fueron señalados como jefes de los satánicos y a los seminarios humanísticos como lugares de reclutamiento e iniciación satánica.

¿Cómo podríamos explicar esa circunstancia en la historia de la ciudad? Es de admitir que en la Venezuela tradicional siempre hubo desconfianza hacia la lectura; convengamos incluso que una estructura mítica de origen español de los siglos XVI al XVIII fue revivida con propósitos inconfesables¹². Pero sigue en pie la cuestión: ¿por qué el brote de temor colectivo ocurrió en Mérida y no en otra ciudad del país?

En el mundo animal el miedo es invariable, siempre idéntico a sí mismo. El miedo humano, en cambio, siendo un trabajo de la imaginación, nunca termina atado a una fijeza. Ya sabemos de los vínculos entre la premodernidad y el terror sobrenatural. En las sociedades tradicionales, es la naturaleza la que causa la aparición de fantasmagorías que en el mundo moderno desaparecen.

Mérida pareció ser una ciudad de índole “*precapitalista*” por sus miedos sobrenaturales. El asunto se esclarece si notamos que en las ciudades modernas los seres humanos no le temen al infierno sino a las crisis económicas; su miedo no lo causa el vampiro sino la incertidumbre

de las tasas de interés; no es Mefistófeles sino la inflación y el desempleo los motivos de sus temores. Con todo, la respuesta para ser satisfactoria debe ser más compleja. Si hemos de dar por buenos los testimonios de los viajeros a la ciudad en los años noventa, Mérida era un lugar diverso en el que primaba un orden más secularizado.

En *El Miedo en Occidente*, Jean Delumeau hace una aprovechada distinción entre miedo y angustia. Si ésta es un sentimiento global de inseguridad, aquélla tiene un objeto determinado así sea de carácter imaginario. Los seres humanos transforman la angustia, fragmentándola en miedos parciales y precisos de algo o de alguien. La imaginación humana crea el miedo para escapar de la angustia ante lo indefinible. En su historia, sigue Delumeau, Occidente ha logrado derrotar la angustia al identificar y nombrar una y otra vez miedos particulares. La obra civilizadora de la Iglesia consistió en sustituir los miedos viscerales por los miedos teológicos. Ambas esferas de miedo constituyen dos culturas en oposición. De allí que tanto la Iglesia como el Estado persiguieran la cultura del miedo visceral por considerarlo pagano y satánico¹³.

En Mérida, el temor colectivo tuvo destinatario; el miedo se particularizó al encarnar en un culto escritor, cuya labor docente en seminarios de libre asistencia buscaba enseñar a pensar, que la gente pusiera en tensión el libre examen y el ejercicio de la duda, tarea no exenta de incomprendiones cuando nos percatamos de las falsas tierras firmes en las que los seres humanos nos instalamos. Que el conocimiento carezca de fin, no parece ser un principio a gusto con las instituciones del saber.

Quizás el peso histórico de la educación religiosa en la ciudad ayude a explicar la revuelta sagrada que ella vivió. No olvidemos que en toda lectura sagrada del mundo están implicados lo santo y lo sacrílego; la línea de demarcación entre una y otra esfera es tenue, sujeta como está a la interpretación humana. Mérida atravesó indemne una noche oscura, pero esa noche formaba parte de su ser: ciudad mediterránea durante siglos; ciudad definida por el poder político; ciudad escritorio

antes que ciudad mercado. Dejemos constancia al lector de que la amenaza fue conjurada a tiempo, sin que mediara alguna atrocidad irreparable. Hoy por fortuna podemos analizar aquel miedo.

Palabras finales

Debemos concluir. En un hermoso libro que han inspirado estas líneas, Alberto Manguel apunta la inolvidable paradoja: *“Al crear el papel de lector, el escritor decreta también su propia muerte, puesto que, a fin de que un texto se de por concluido, el escritor debe retirarse, dejar de existir”*¹⁴.

Digamos, antes de marcharnos, que esta ha sido la lectura de una ciudad que para nosotros se convirtió en un destino. No postulamos que el mundo sea un texto; con una asunción de esa naturaleza el plómero difícilmente arreglaría la tubería rota de nuestra casa. Apenas quisimos hacer una historia urbana desde las probables lecturas del habitante de Mérida. Ellas, en lugar de resultarnos moralmente poco edificantes, mas bien confirman que los seres humanos no estamos hechos de una sola pieza. Pero tampoco decimos que todo, al fin de cuentas, es simulacro y apariencia; que no busquemos porque no hay esencia. Un mensaje de ese tenor revierte contra el mensajero. Convengamos acaso en que hay tiempos magros y hay tiempos generosos; hay una alternancia en el tráfigo de la vida humana; caemos y nos levantamos porque somos una tentativa perpetua. El punto es que al mirar lo particular, a veces el hallazgo se hace universal.

Queda pendiente, amable lector, la tarea de contar una nueva historia de la ciudad. El relato de la *“princesa con los pies sucios”*, el cuento de la ciudad hermosa que escondía la pobreza con sus zapatos de patente, a la ciudad convertida en una reina enferma que extraña a sus hijos. Sabemos que no existe la ciudad ideal; en unos de sus versos consagrados a Buenos Aires, Borges nos dejó dicho que *“los únicos paraísos no vedados al hombre eran los paraísos perdidos”*. Así pues, que nuestra demanda sea por la salud pública de la ciudad, de una ciudad que nos permita ser paseantes desprevenidos que miran la quietud de las nubes y sonríen.

Notas y Bibliohemerografía:

- ¹ Egilda Martorelli y Pedro Molina: *Las Relaciones Iglesia Estado en la época gomecista*. Mérida, Escuela de Historia, ULA, 1986.
- ² El punto de relieve es la singularidad de la demanda, solicitud que no se encuentra en ningún otro diario católico del país. Y es que *El Vigilante* pidió a la Junta Militar que gobernaba al país la asunción del socialcristianismo en calidad de “doctrina básica de nuestra vida pública” (28/04/50).
- ³ Robert Darnton: Historia de la Lectura. Véase a Peter Burke: *Formas de hacer Historia*. Madrid, Alianza Universidad, 1994, p 195.
- ⁴ Brian Bell (edit): *Insight Guides. South America*. APA Publications, Singapore, 1998, p 66.
- ⁵ James Lyon (et al): *South America*. A Lonely Planet shoestring guide. Hawthorn, Australia, 1997, p 1102.
- ⁶ Ben Box. *South American Handbook. Passport Books*, Chicago, 1998, p 1563.
- ⁷ *South America*. Fodor’s Travel Publications, Inc, New York, 1997, p 596.
- ⁸ Alan Murphy: *Venezuela. Handbook*, Chicago, 1998, p 172.
- ⁹ Krzyssztof Dydynski: *Venezuela*. Lonely Planet Publications, Hawthorn, Vic, Australia, 1998.
- ¹⁰ J. M. Briceño Guerrero: *Elogio a la Ciudad*. Mérida, Concejo Municipal de Libertador, 1980, p. 9.
- ¹¹ Jacqueline Clarac de Briceño: “Estructuras Antropológicas de una Paranoia Colectiva”. *Boletín Antropológico*. Mérida. Universidad de Los Andes, diciembre, 1991, p. 9.
- ¹² *Ibidem*, p. 15.
- ¹³ Jean Delumeau: *El miedo en Occidente*. Taurus, Madrid, 1989, p 655.
- ¹⁴ Alberto Manguel: *Una Historia de La Lectura*. Madrid, Alianza Editorial, 1998, p 396.



La Tempestad (1914). De Lorenzo González. Museo de Bellas Artes de Caracas. Tomado de José Nucete Sardi. *Notas sobre la Pintura y la Escultura en Venezuela*. Ediciones González, Caracas, 1957, p. 56.